

CAPITULO IV

LA FILOSOFÍA Y LAS DIVERSAS CIENCIAS

I. La filosofía.—II. Las diversas ciencias.

I

«Si nunca un ser puede poseer la ciencia en sí, ¿no creerás que sólo á Dios y á ningún otro puede pertenecer la ciencia perfecta? — Necesariamente.» En cuanto al hombre que participa de esta ciencia, «el nombre de *sabio* es demasiado grande para él y sólo conviene á Dios; pero el de *filósofo* está más en armonía con la condición humana. Nuestra ciencia, en efecto, es siempre futura, y varía porque jamás es completa. «No solamente nuestros conocimientos nacen y mueren en nosotros, y nunca somos idénticos por respecto á ellos, sino que cada uno de ellos en particular pasa por las mismas vicisitudes. Lo que se llama reflexionar se refiere á un conocimiento que se desvanece; porque el olvido es la extinción de un conocimiento. Pero la reflexión, formando en nosotros un nuevo recuerdo el lugar de aquel que se fué, conserva en nosotros la ciencia, aunque parezca la misma. Así se conservan todos los seres mortales; no permanecen siempre absolutamente idénticos, como lo que es divino.»

La Idea de la ciencia en sí es un ideal, al cual debe aspirar toda alma racional. Este ideal está ya realizado imperfectamente en nosotros, por lo mismo que lo concebimos con certeza absoluta; podemos aproximarnos á él incesantemente; casi podemos realizarlo. La filosofía es el término medio entre la ignorancia completa y la ciencia perfecta. Ocupa, entre la esfera superior y la inferior, la legión intermedia del *amor*.

La filosofía es propiamente el amor de la Verdad, no de tal ó cual verdad particular, sino de la Verdad universal ó de las Ideas. «El verdadero filósofo no está presente más que de cuerpo en la ciudad que habita. Su alma, mirando todos los objetos sensibles como indignos de ella, se pasea á todos lados, midiendo, según la expresión de Píndaro, las profundidades de la tierra y la inmensidad de su superficie; elevándose hasta los cielos para contemplar el curso de los astros; dirigiendo una mirada curiosa á la naturaleza íntima de todos los grandes géneros de seres de que se compone este universo, y no rebajándose á ninguno de los objetos que están cerca de ella. Un filósofo no sólo ignora lo que hace su vecino; casi ignora si es un hombre ú otro animal. Pero lo que es el *hombre*, y qué carácter le distingue de los otros seres por la acción ó por la pasión; he aquí lo que indaga y lo que se atormenta por descubrir.» De estas cuestiones: «¿Qué injusticia te hago?» ó «¿Qué injusticia me haces?», el filósofo pasa á la consideración *de la justicia y de la injusticia en sí mismas*, del carácter que las distingue entre sí y de todo lo demás.

«Reconozcamos que es muy natural en los filósofos dedicarse á la indagación de la ciencia, que puede descubrirles la esencia inmutable, inaccesible á las vicisitudes de la generación y de la corrupción; que aman

esta ciencia en su totalidad, sin renunciar voluntariamente á ninguna de sus partes, grande ó pequeña, más ó menos importante.»

«Cuando se dice de alguno que ama una cosa, ¿se quiere decir que no ama tal ó cual parte de ella ó que la ama en su totalidad?...—Que la ama en su totalidad.—No decimos de ninguno que ame lo difícil en las ciencias, sobre todo si es joven y no se encuentra en estado de comprender lo que es útil é inútil, que ama las ciencias y que es filósofo...; pero el que demuestra su afición á toda clase de ciencias, se entrega á ellas con ardor y tiene ansias de aprender, ¿no merece este nombre?» «Los filósofos son los amantes del espectáculo de la verdad... Los otros hombres, cuya curiosidad reside en la vista y el oído, aman la buena voz, los colores bellos, las figuras hermosas y todas las obras donde entra algo semejante; pero su inteligencia es incapaz de percibir y amar *lo bello mismo*... ¿Y qué es la vida de un hombre que conoce cosas bellas, en una ignorancia absoluta de *la belleza misma*, y que es incapaz de seguir á los que quisieran hacérselo conocer? ¿Es un sueño ó una realidad? Ten cuidado... ¿Qué es soñar? ¿No es, ya se duerma, ya se esté despierto, tomar la semejanza de una cosa por la cosa misma?» Así hacen estos aficionados á los espectáculos sensibles, que prefieren la sombra á la realidad. Son amigos de la opinión (*φιλόδοσοι*) y no de la sabiduría (*φιλόσοφοι*). «Luego, ¿habremos de llamar filósofos sólo á los que se dedican á la contemplación del *principio esencial de las cosas*?»

Así precisa y formula Platón la Idea antigua de la ciencia primitiva. Para los antiguos, el carácter filosófico consistía en la generalidad de las ideas, sin consideración á la diversidad accidental de los objetos.

Definían la filosofía como la ciencia de lo universal, la ciencia de las ciencias; y como el punto de vista de la generalidad les parecía corresponder á lo que hay de más esencial en la existencia, definían también la filosofía como la ciencia de los primeros principios y de las primeras causas, ó la ciencia del ser en cuanto ser. Ver la multiplicidad en la unidad, lo relativo en lo absoluto, lo pasajero en lo eterno, lo móvil en lo inmutable, es el fin supremo del pensamiento y la filosofía es esta visión de todas las cosas en Dios.

La filosofía es, pues, la ciencia maestra, reguladora, sinóptica. Las otras ciencias tienen su objeto y su fin fuera de sí mismas; *«son ciencia de otra cosa y no de sí mismas, mientras que la sabiduría es á la vez la ciencia de las otras ciencias y la ciencia de sí misma»*. Así la filosofía, esencialmente desinteresada, es patrimonio de los hombres libres, porque ella misma es libre é independiente con relación á los intereses de la vida vulgar y á los otros conocimientos.

II

La ciencia, una en sí, se multiplica para nosotros y se divide. Nos parece *«dividida en muchas ciencias y algunas de éstas parecen disemejantes entre sí»*. Pero *«como todo está ligado en la naturaleza, y el alma en otro tiempo lo ha aprendido todo»* (es decir, envuelve oscuramente la ciencia universal), *«nada impide que recordando una sola cosa (lo que los hombres llaman aprender) no se posea en sí mismo todas las demás, con tal de que tenga valor y que no se deje de indagar»*. Esta indagación es obra de la filosofía. Los otros estudios no llegan á la categoría de ciencias verdaderas

sino cuando la filosofía, haciéndose cargo de sus resultados para coordinarlos con relación al bien, abarca en su unidad la multiplicidad de sus objetos y los eleva á la altura de la ciencia universal.

Platón pasa revista, en el VII libro de la *República*, á los estudios que pueden servir de auxiliares ó de preparación á la filosofía. Da el primer lugar á la ciencia de los números, con la condición, sin embargo, de que se la considere, no como un fin, sino como un medio para llegar á una categoría superior. «Esta ciencia podría ser muy bien una de las que buscamos, que elevan el alma á la pura inteligencia y la conducen á la contemplación del ser; pero nadie se sabe servir de ella como es debido... Esta ciencia hace que el alma tienda, en un vigoroso arranque, á la región superior, y la obliga á razonar *sobre los números tales como son en sí mismos*, sin sufrir nunca que sus cálculos recaigan sobre números visibles y palpables... «Admirables calculadores (podría decirse á los matemáticos), ¿de qué números habláis? ¿Dónde están esas unidades tales como las suponéis, perfectamente iguales entre sí, sin que haya entre ellas la menor diferencia, y que no están compuestas de partes?—Responderán, según creo, que hablan de los números imperceptibles para los sentidos, y sólo accesibles al pensamiento.—Así ve que no podemos en absoluto apartarnos de esta ciencia, toda vez que es evidente que obliga al alma á servirse de la pura inteligencia para conocer la verdad.» Platón no podía dejar de conceder este puesto de honor, ya que hay una palpable analogía entre los números y las Ideas, que hasta parecen á veces confundirse.

La geometría es vecina de la aritmética, aunque le sea inferior como menos general, porque las leyes de

los números dominan á las de las figuras. «Si la geometría lleva al alma á contemplar la esencia de las cosas, nos conviene; si se detiene en sus accidentes, no nos conviene. La menor noción de geometría no nos impide asegurar que esta ciencia no tiene ninguna relación con el lenguaje que emplean los que se ocupan de ella.—¿Cómo?—Su lenguaje es verdaderamente ridículo, aunque necesario. Hablan de cuadrar, de prolongar, de añadir, y emplean otras semejantes, como si llevasen á cabo realmente estas operaciones, y como si sus demostraciones tendiesen á la práctica. Pero la ciencia toda no tiene otro objeto que el conocimiento.» Hay, dice Platón en la *Política*, una doble ciencia de la medida. *Una considera la grandeza y la pequeñez en sus relaciones; otra, absolutamente y en sí mismas.* «No debemos limitarnos á considerar lo grande y lo pequeño en sus mutuas relaciones; hay que reconocer dos especies de medida de lo grande y de lo pequeño, según que se les compare entre sí ó en el medio.» Por este medio entiende Platón una conciliación de los contrarios en un término perfecto y real, que es lo conveniente, lo legítimo, lo necesario, igualmente apartado de los dos extremos; en una palabra, la Idea.

A la geometría se reduce la ciencia de lo sólido ó estereometría, que Platón siente no ver mejor constituida. En cuanto á la ciencia de los sólidos en movimiento, ocupa el cuarto lugar. No es, como se podría creer, porque obligue á la vista á fijarse en lo alto: se trata del alma y no de la vista. «Por lo que á mí toca, no puedo reconocer otra ciencia que haga mirar al alma hacia arriba, que la que tiene por objeto lo que es y no se ve, ya se adquiriera esta ciencia mirando hacia arriba, con la boca abierta, ó bajando la

vista y guiñando los ojos. Si alguna mira hacia arriba, con la boca abierta, para aprender algo sensible, niego que lo aprenda, *porque nada de lo sensible es objeto de ciencia*, y sostengo que de este modo su alma no mira hacia arriba, sino hacia abajo, aunque estuviese tirado boca arriba en la tierra ó en el mar... Los esplendores con que la bóveda de los cielos está decorada, deben ser, ciertamente, considerados como lo más bello y acabado en su orden; no obstante, como toda esta magnificencia pertenece al orden de las cosas visibles, entiendo que debe considerársela muy inferior á esa magnificencia verdadera *que producen la verdadera ligereza y la verdadera lentitud* en sus movimientos respectivos y en los de los grandes cuerpos á que están unidas, según el *verdadero número y todas las verdaderas figuras.*»

Los *movimientos* respectivos designan aquí, no movimientos sensibles, sino relaciones y leyes inteligibles. El movimiento, como todo lo demás, tiene su Idea, cuya relación con las Ideas del mismo orden producen una astronomía superior. La belleza que resplandece en nuestro cielo es símbolo de las bellezas del cielo inteligible y de las leyes del pensamiento. «Los movimientos y las revoluciones del cielo y de todos los cuerpos celestes se asemejan esencialmente á los movimientos de la inteligencia, á sus procedimientos y á sus racionios: de una y otra parte se despliega la misma marcha.»

La música es hermana de la astronomía, dicen los Pitagóricos. «Como los ojos han sido hechos para la astronomía, los oídos han sido hechos para los movimientos armónicos.» Pero todos los músicos «que no dejan punto de reposo á las cuerdas y las fatigan con sus experiencias... buscan números en los acordes

tran en la *διάνοια*. Tienen por carácter la abstracción y la generalidad, y son principalmente lógicos. Por este motivo, Platón los prefiere á los demás, porque recuerda la relación íntima que une á la lógica con la dialéctica.

Las leyes más generales formuladas por el pensamiento no necesitan de ser enlazadas con la dialéctica para convertirse en las leyes de las cosas. La más alta abstracción está menos alejada de lo que se pudiera creer de la más alta realidad. Inferiores á las ciencias de razonamiento, Platón rechazaba los conocimientos puramente experimentales, que tienen por objeto la naturaleza ó el hombre. El estudio de la naturaleza, considerada en sí misma, no es para Platón una ciencia, sino un conjunto de *opiniones*. Lo sensible varía; Platón colige de ahí que el estudio de la naturaleza debe ser igualmente variable. Lo sensible es indefinido; el conocimiento de lo sensible deberá ser incierto; en él nos contentamos con la simple verosimilitud. «Cuando uno quiere estudiar la naturaleza, ocupa toda su vida en escudriñar el universo, para saber cómo ha sido producido y cuáles son los efectos y las causas de lo que en él se verifica. Ahora bien; ¿no es verdad que el objeto del trabajo emprendido por este hombre no es lo que existe siempre, sino *lo que se hace, lo que se hará, lo que se ha hecho?* ¿Se puede decir que hay algo *evidente, según la más exacta verdad*, en las cosas de las cuales alguna parte no ha existido jamás, ni existirá, ni existe en el mismo estado? ¿Cómo habríamos de poseer conocimientos fijos sobre lo que no posee ninguna fijeza? La ciencia, que se entrega á la verdad misma, ¿no se ocupa de estas cosas pasajeras?»

¿Es esto decir que la física deba ser menospreciada?

Platón no quiere suprimir ningún estudio, pero quiere transformar todos los conocimientos, dándoles un alcance dialéctico. Lo que, considerado en sí, no es nada á nuestro juicio, puede ser mucho como medio de llegar más arriba. Platón ve, hasta en las sensaciones y las opiniones sensibles, algo accesible al conocimiento racional, y que, consiguientemente, debe formar parte de la filosofía. Así escudriña la esencia y la *Idea* del calor y del frío, del movimiento y del reposo, del fuego y de los otros elementos. Hemos leído en el *Parménides* el pensamiento verdaderamente filosófico de que las cosas más pequeñas y bajas en apariencia no deben ser despreciadas; porque en todo hay alguna imagen confusa del ideal para el que sabe reconocerlo; en todo hay un elemento racional que debe aprovechar la dialéctica. La filosofía no excluye, por consiguiente, nada de su dominio; lejos de eso, abarca todas las cosas.

Si el estudio de la naturaleza material es útil al filósofo, con mayor razón tendrá para él gran importancia el estudio de la naturaleza espiritual. Platón no ha olvidado el precepto de Sócrates; *Conócete á ti mismo*, pero ha dado á la filosofía su alcance metafísico y su universalidad. No quiere conocer á tal ó cual hombre en particular, ni siquiera á sí mismo, sino al hombre en sí y á la *Idea*, cuya realización somos. Lo más elevado del hombre es el alma; pero el alma misma, según Platón, no puede ser bien conocida si no se conoce toda la Naturaleza. En todas las cosas persigue lo universal, y en lo *humano* apenas busca más que lo *divino*. Esto se deduce del pasaje mismo en que Platón parece exponer con mayor claridad lo que los modernos han llamado método psicológico. «Si la inscripción del templo de Delfos hablase á la vista, como habla

al hombre, y le dijese: *Mírate á ti mismo*, ¿qué creeríamos que le diría? ¿No creeríamos que le diría que se mirase en una cosa en la cual el ojo puede verse?... ¿No hay en el ojo algún rincón escondido que hace el mismo efecto que un espejo y que se llama la pupila?... Un ojo, por lo tanto, para verse á sí mismo, debe mirarse en otro ojo, y en la parte del ojo que es más bella y que tiene la facultad de ver... Mi querido Alcibíades, ¿no sucede lo mismo con el alma? Para verse, ¿no debe mirarse en el alma y en aquella parte del alma donde reside toda su virtud, que es la sabiduría, ó en alguna otra cosa á la cual el alma se asemeja?... —Así me parece, Sócrates.—Ahora bien; ¿podemos encontrar alguna parte del alma más intelectual que aquella á la cual se refieren la ciencia y la sabiduría? —No, ciertamente.—Luego esta parte del alma es su *parte divina*; y mirándola, contemplando *la esencia de lo que es divino, Dios y la sabiduría*, se podrá conocer uno á sí mismo perfectamente.»

Platón describe aquí el método psicológico, y hasta lo ha practicado más de una vez, como lo demuestran su teoría de los grados del conocimiento y su doctrina de las Ideas todas; pero lo que busca en el alma es la razón, y en la razón á Dios. La *conciencia*, para él, apenas es más que la razón observándose á sí misma; y como la razón es de una naturaleza semejante á las Ideas, las Ideas son el verdadero objeto de la conciencia. Por todo y en todo, en la naturaleza y en el alma, Platón encuentra las Ideas. Su método es mucho menos psicológico, en el sentido moderno de la expresión, que metafísico y lógico; es, por lo demás, bastante comprensivo para no excluir ningún procedimiento intelectual ni recurso alguno moral. La dialéctica, método á la vez formal y real, es el alma toda

elevándose de idea en idea y de sentimiento en sentimiento hasta el principio supremo del bien, y guardándose de todas las ciencias, de todos los conocimientos, de todas las opiniones, como de grados *intermedios y de medios relativos* (1).

(1) Véase principalmente, sobre este asunto, el *Futhydemo* (288-290). El objeto del diálogo es distinguir el método dialéctico de los otros métodos y la ciencia filosófica de las otras ciencias. Platón compara las matemáticas, la astronomía y las otras ciencias secundarias con los cazadores que cogen lo que encuentran, pero sin saber sacar partido de ello, á los obreros que fabrican instrumentos (por ejemplo, liras) sin saber servirse de ellos. Sólo la dialéctica hace conocer el uso de otras ciencias; solo ella es á la vez ciencia de los medios y del fin, de las consecuencias y del principio, de las cosas y de su Idea. «La filosofía es la indagación de la verdadera ciencia... de la que puede sernos útil por sí misma.. y en la cual coinciden estas dos operaciones: saber hacer y saber servirse de la cosa hecha (288, *d*).» Por lo mismo, la especulación y la práctica coinciden para el dialéctico; metafísica y moral no forman más que una sola cosa. Otro diálogo, el *Segundo Hippias*, no tiene otro fin que evidenciar esta concepción socrática de la filosofía como ciencia del principio y del fin de las cosas y como unidad de la especulación y de la práctica. Esto es lo que hemos demostrado en un trabajo particular sobre el *Segundo Hippias*.
